

Revolución

Cuando miramos el cauce de un torrente durante las primeras horas de crecida, después de una copiosa lluvia, advertimos que el agua se echa vertiginosamente por el cauce abierto entre los recodos que ofrecen menor resistencia. Así crece el nivel del torrente hasta que de pronto, al aumentar el caudal, caen sobre el cauce pedruscos desprendidos de las vertientes; al oponerse de repente al paso embravecido del agua, producen un choque, a veces suficiente para que el torrente cambie de rumbo. Parecía imposible triunfar contra la corriente, y sin embargo, la tenaz oposición de una piedra lo ha conseguido.

Tanto se ha dicho, que parece ya un tópico repetir que muchos males que padece el mundo contemporáneo se deben en gran parte (cierto, no únicamente) a haber seguido por el cauce que abrió la revolución. Esto se ha dicho, se ha repetido y está ampliamente documentado.

Lo que no se ha hecho con tanta frecuencia es advertir que muchas de nuestras maneras de ver y de razonar, que nos parecen ya casi naturales, no lo son de ninguna manera; que en realidad son debidas a la corriente que inició la revolución. Muchos espíritus superficiales se dejan arrastrar sin advertir quién los lleva, ni adónde los lleva. Creen que son libres y espontáneos, pero son como la hoja de árbol que retoza, arrebatada por el torrente. Pocos son los que se levantan a altura suficiente para ver la dirección que la corriente lleva en su conjunto, cuáles son sus fuentes lejanas y el mar donde desemboca, para denunciar el mal y arrostrar el choque que desvíe hacia otro cauce la corriente del mundo, una vez más, como tantas ha pasado en el decurso de la historia.

Descubrir los manejos soterrados de la revolución es un mérito que señala clarividencia; oponerse a la corriente fácil del «dejar nacer, dejar marchar», puede ser heroico; conseguirlo, es pasar a la Historia.

Tres obras se han publicado recientemente: dos en Francia, una tercera en Brasil, que entre otros méritos tienen el de señalar con clarividencia y con decisión los cauces de la revolución, oponerse a ella y señalar hacia dónde debemos desviar la corriente

dominante del mundo de hoy, si queremos estar a la altura de la misión que nuestro tiempo pide de nosotros.

En el primero de estos libros, voluminoso y bien presentado, la modestia del autor ha hecho que en vez de su nombre personal aparezca sólo el de la Asociación que él dirige: «La Cité Catholique». Su nombre verdadero es Jean Ousset; el título del libro es: *Pour qu'il règne* (Paris, 1959; 910 páginas).

La Carta del Arzobispo de Dakar y Delegado Apostólico Marcel Lefebvre, impresa al principio de la obra, resume bien su contenido, valiente y de hondura: «Hoy día lo que más falta es la verdadera filosofía. Si, siguiendo los consejos de todos los Papas del último siglo, los clérigos y los mismos seglares se esforzaran por conocer la verdadera filosofía tomista, los verdaderos principios de la ética y de la sociología, en las Constituciones ya no invocarían los sacrosantos principios de 1789, que arruinan las nociones fundamentales del derecho, de la justicia, desconociendo la ley divina que determina el bien y el mal. Por esto es excelente vuestro deseo de volver a colocar estas nociones saludables en los espíritus, a fin de que Cristo reine». (pág. VI).

No menos simbólica como programa es otra carta previa, la del Arzobispo de Reims, en la que se dice: «Jesucristo vino a establecer en la humanidad el reino de su Padre, vino acá abajo para fundarlo; por medio de la Iglesia vela por su difusión. Para este fin Dios lo ha constituido — es expresión de la Sagrada Escritura — Rey de reyes y Señor de señores. Contra una verdad tan clara, ¡cuántos errores se han levantado desde hace cerca de dos siglos! La revolución, ha dicho Alberto de Mun, es una doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en vez de fundarla sobre la voluntad de Dios. Ahí está el error fundamental del que han salido muchos corolarios falsos y peligrosos. Ustedes, en esta sustanciosa revista que es *Verbe*, no se cansan de denunciar y de combatir estos errores, el liberalismo del siglo XIX, al que no dan tregua, el laicismo, el comunismo, el progresismo de nuestros días. Nuestros católicos leyendo sus páginas, mejor, estudiándolas, ¿cómo no comprenderían mejor de lo que hacen con frecuencia, que Dios es el principio del orden social lo mismo que del orden privado y que es su término? ¿Cómo explicarían si no fuese por haber rechazado a Dios de este mundo, los desórdenes, las desgracias que lo abruman y lo deshonoran, lo mismo que al individuo y a la familia? Que se acuerden de la frase muy animosa y muy exacta que recientemente un diputado lanzaba a sus colegas de la Cámara: Si no ha llegado el momento de que reine Jesucristo, tampoco ha llegado el momento de que los gobiernos duren. Esta frase es del Cardenal Pie, cuya doctrina recomienda tan calurosamente SS. Juan XXIII».

Según este frontispicio, así es lo que sigue. Con frecuencia se citan las obras del Cardenal Pie. Con mucho mayor frecuencia la doctrina de los Sumos Pontífices. Tampoco faltan las considera-

ciones de carácter racional o filosófico. Pero sobre todo, esta obra es un verdadero «archivo». Posee una documentación interesantísima, muy difícil de reunir, sobre los más íntimos entresijos de la revolución y sobre sus andanzas actuales.

Con una documentación copiosísima y con una clarividencia muy notable (que da a esta obra a veces el aspecto de filosofía de la historia, a veces el aspecto de un fichero de tácticas revolucionarias) Jean Ousset va descubriendo las causas por las cuales de tumbo en tumbo se ha venido a parar a la situación del mundo actual. Las palabras de Voltaire, de Rousseau, de Weishaupt, de Ferry y Clemenceau, de los más conocidos masones; la traidora ambigüedad del liberalismo que ataca a raíz la noción de Verdad y sus exigencias, para colocar en su lugar como si fueran «tesis» sólo lo que será «un mal menor» o «situación provisoria»; el naturalismo que se infiltra; todas las mafias de la revolución, sus cómplices ciegos dentro de las filas del catolicismo, todo forma un conjunto impresionante, a veces más apto para círculos de estudio que para la lectura, tal es su densidad de documentación. Pero no hay que creer que la obra se limita a denunciar las causas del mal. Señala también desde la tercera parte el programa, la realeza social de Jesucristo a la que debemos aspirar; y la cuarta parte desciende ya al orden de aplicaciones concretas.

Al leer esta valiente y tan importante obra, no puede uno menos que pensar en el llamamiento del P. Lombardi, «Por un Mundo Mejor». No son lo mismo los dos movimientos, pero tienen algunos puntos de contacto: desde luego éste: ante un mundo claudicante, un mundo que a veces «se encuentra bien» en medio de las cosas tal como están, y otras veces no les pone más remedios que recursos superficiales e inoperantes, que no van a la raíz del mal, que es la apostasía triunfante; ante este mundo la obra de Ousset señala con clarividencia y con vigor que hemos de poner como hito la realeza social de Jesucristo; pero que sea verdad, que sea un hecho llevado hasta las últimas consecuencias.

Es evidente que ante esta obra no puede uno permanecer indiferente; muchos sentirán en sí el eco de una aspiración profunda; otros, las víctimas inconscientes de la revolución, para quienes la aspiración suprema es el mundo desquiciado de hoy, tolerante y comprensivo hasta con el comunismo, lo mismo que con cualquier doctrina o religión, menos para la que proclame que la verdad es «una» y que debemos centrar todas nuestras fuerzas a su consecución: éstos harán contra este libro (como en otros casos semejantes) la conspiración del «silencio»; y cuando no puedan mantenerla más (al ver por ejemplo la todavía reciente asamblea de diez mil personas en Francia, agrupadas por este movimiento) entonces se aprovecharán de cualquier fantoche, para echar barro contra Jean Ousset. Pero no se arredrará por esto; ya cuenta con esto, forma parte del programa: «Si del mundo fuerais, el mundo amaría lo que era suyo; mas pues no sois del mundo, sino

que yo os entresaqué del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordáos de la palabra que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán» (Juan 15, 19-20).

Sería muy oportuno que se tradujese al español esta importante obra y que se publicase entre nosotros.

Otra obra nos llega también de Francia, de notable valor. El giro que da a estas ideas es muy diverso; pero se ve en seguida la profunda concordancia con la anterior. Es su autor el P. Jean Terradas, y se titula *Une chrétienté d'outre mer* (Paris, 1960; 222 páginas).

Es una obra histórica; no histórica en el sentido de que pretenda presentar investigaciones nuevas: los copiosos documentos que aduce son todos ellos conocidos. Es histórica en cuanto que, prueba en mano, va demostrando que no es una quimera sino algo muy realizable el ideal de un mundo estructurado sobre principios muy diversos de los del naturalismo y lacismo. Estas son sus primeras palabras: «¿Cuál es el objeto de esta obra? Sencillamente, demostrar que no es una quimera el concebir un orden de cosas en que Cristo sería plenamente rey de las inteligencias, de los corazones, de las voluntades, de las instituciones, de la sociedad como tal».

Quizá se preguntará uno, después de esta valiente declaración, cómo se las arregla el autor para demostrar, historia en mano, que es posible realizar este ideal. Para hacerlo examina lo que ha sido la acción misionera y civilizadora de España en América. Con el título de «Un pueblo misionero», examina cuál fué en la mente de sus mejores hombres «el sentido de una conquista», la «raza de gigantes» que la emprendió, los «servidores del rey de reyes» y «una epopeya misionera» —para emplear las mismas palabras del Sumo Pontífice, palabras que cita muy frecuentemente—. Añado que para mí ha sido una sorpresa comprobar cuántas y cuántas veces el Papa ha hablado de la acción de España en América con alabanzas y frases que equivalen a ésta que hemos citado de paso: «epopeya misionera». Ante los ojos de cualquier persona serena, han de caer como cataratas los velos de la «leyenda negra», que aún tapan muchos ojos cegatones.

La segunda parte de la obra examina la organización y funcionamiento de las cristiandades fundadas por España en América. La tercera estudia el declive: no fué meramente la revolución, también hubo otras causas, que hicieron que los mismos españoles se olvidaran de la epopeya que sus padres habían realizado y de la nobleza de sentimientos con los que habían formado aquellas comunidades cristianas. Aunque no hay que olvidar, no obstante, la parte importante que en este rápido ocaso tuvo la fuerza disolvente de la revolución. Es notable también el capítulo «La Hispanidad en el marco del Mundo Mejor», y el siguiente, «Francia y la Hispanidad». En apéndices recoge interesante documentación

sobre los negros en América, los mestizos y el porcentaje de católicos.

La importante, y tan interesante obra de Jean Terradas, desde otro punto de vista y con un enfoque más documental e histórico, nos trae casi el mismo mensaje: una llamada a renovar nuestras ideas para salir del marasmo pesimista y naturalista de la revolución y aspirar a algo mejor, a que tenemos derecho y donde en otro tiempo ya habíamos estado.

De Brasil nos viene la tercera obra. Es su autor el Director de la conocida revista brasileña, «Catolicismo»: Plínio Corrêa de Oliveira, y su título *Revolução e contra-revolução* (Sao Paulo, 64 páginas), que ha sido traducido al castellano por don Fernando Serrano y publicada con el mismo título en Barcelona («Cristianidad», 1959; 136 páginas). Después de tomar constancia de la crisis del hombre contemporáneo y de los caracteres de esta crisis, examina las metamorfosis del proceso revolucionario, sus tendencias, ideas, hechos, la marcha de la revolución, la esencia de la revolución, su influjo en la cultura, arte y ambiente, su utopía y carácter pacifista. A esta primera parte opone la segunda, «Contrarevolución», qué es, por qué lucha contra la revolución, la táctica de la contrarevolución, sus medios, los obstáculos que encuentra, el choque contrarevolucionario, su fuerza propulsora, las esperanzas supremas que hemos de abrigar todos dentro de esta gran acción.

Todos hemos oído hablar, y quizá a veces hemos mirado con curiosidad, los castores. Parecen conejos que estén royendo distraídamente las cortezas de los árboles. Su tamaño es ínfimo, comparado con el del copudo árbol que roen o con el volumen del arroyo, bajo cuyas aguas está la puerta de su madriguera. Los instrumentos naturales del castor parecen insignificantes. Sin embargo la entrega constante a su trabajo, el acierto con que está dirigido, a estilo de gran ingeniero, hacen que lleguen a construir un verdadero azud que detiene y levanta el agua del riachuelo, que cambiarán de cauce, haciendo con ello a veces que fertilice muchas hectáreas, antes infecundas.

Con no menos acierto estos avanzados de la contrarevolución tienen la clarividencia de descubrir las causas de los males; tienen valentía para declararse en rebeldía contra la corriente general, en revolución contra la revolución. Hombre de poca fe sería quien no esperase ver algún día los frutos de su fecunda acción.